

Biología y democracia: una mirada prospectiva

Alfredo Marcos
Universidad de Valladolid (España)
amarcos@fyl.uva.es

Resumen

Se exploran aquí las interacciones entre las ciencias biomédicas y la democracia. En primer lugar se traza una taxonomía y una visión panorámica de las mismas. En segundo término se limita el alcance de la presente ponencia a la mirada prospectiva, con renuncia a todo intento de recorrido histórico. La prospección se apoya, por un lado, en el estado actual de las ciencias biomédicas, que salen de un ambiente reduccionista, propio de la segunda mitad del siglo XX, y evolucionan hacia posiciones más holistas. Por otro lado, se toman en cuenta también las nuevas posibilidades de intervención a través de las llamadas *Human Enhancement Technologies*.

Biología y democracia: una mirada prospectiva

Alfredo Marcos
Universidad de Valladolid (España)
amarcos@fyl.uva.es

Resumen ampliado

1.- La influencia de la biología sobre la política viene de antiguo, así como la gestión política de la vida. Estamos ante un territorio inmenso de interacciones, cuyo estudio desborda con mucho los límites de una ponencia, y se acerca más a las dimensiones de una enciclopedia. La primera tarea, en consecuencia, será la de establecer alguna suerte de taxonomía, aunque sea mínima, para proceder después a la delimitación de unos objetivos realistas para este texto.

2.- Podemos detectar al menos dos formas de influencia de la biología sobre la política. La primera de ellas consiste en la aportación de modelos, metáforas o proyecciones teóricas. Desde antiguo se ha entendido la polis como un organismo y se ha trabajado en política desde esta metáfora organicista. Ejemplos los encontramos ya en Platón y Aristóteles. También la idea del estado como Leviatán está en esta línea. El darwinismo social toma la teoría darwinista, bien o mal entendida, como base y justificación de ciertas políticas. Y la sociobiología ha sido alegada a veces como base teórica de acciones políticas.

Por otro lado, la biología ha intervenido en política de un modo práctico y material, mediante aplicaciones y manipulaciones técnicas. Por ejemplo, Sloterdijk (*Normas para el parque humano*, Madrid, 2003), señala *El Político* de Platón como precedente en este sentido. Allí se recomienda una especie de cría y doma de los humanos al servicio del orden político. Una aplicación técnica, en definitiva, de lo que se sabe sobre cría de animales domésticos a la educación humana con objetivos políticos. En la misma línea podemos colocar las tentativas burdas o sofisticadas de eugenesia que se han producido a lo largo de la historia. También conviene prestar atención a las numerosas obras de ficción, literarias y cinematográficas, que trabajan sobre esta idea de intervención biotecnológica con fines políticos. Pero, al margen de precedentes más o menos forzados y de obras de ficción, la manipulación biológica con fines políticos ha sido detectada por Foucault (*El nacimiento de la biopolítica*, México, 2007) como una realidad efectiva desde el siglo XIX. Hasta entonces, las únicas

posibilidades de intervención del poder político sobre la vida consistían en producir la muerte o dejar vivir. Con el desarrollo de las ciencias biomédicas y de sus aplicaciones se abren nuevas posibilidades. Se puede dar la vida y también dejar morir. Todo ello con importantes limitaciones, claro está. Pero es cierto que el desarrollo de las técnicas reproductivas, así como de las terapias, permiten en cierto sentido dar vida o conservar en la vida. Del mismo modo empieza a resultar una posibilidad técnica a nuestro alcance el retrasar más o menos el momento de la muerte. Añadamos a esto el gran poder de gestión de la vida en general que se ha ganado en los últimos decenios, desde la ecología hasta la genética, así como la promesa de generar vida artificial siquiera simulada.

Si las tecnologías biomédicas pueden ser utilizadas como vector de intervención con objetivos políticos, es probable que su propia acción acabe bajo control político. Nace así la tentación de establecer un control político de las investigaciones y aplicaciones biomédicas. A este conglomerado de interacciones Foucault le da el nombre de *biopolítica*.

3.- Tenemos ya una visión panorámica y ligeramente sistemática del territorio. Vemos que resulta inabarcable en formatos breves. Se requiere, por tanto, establecer límites. El primero tiene que ver con el sentido de nuestra mirada. Renuncio aquí a una mirada retrospectiva, pues no hay modo de hacer justicia a la historia de la biopolítica. Adopto, en cambio, una mirada prospectiva. Interesa ahora vislumbrar, con todo el riesgo de error que se quiera, cómo afectará el estado contemporáneo de las tecnociencias biomédicas al futuro de la democracia. Si estamos en lo correcto, esta influencia se ejercerá, por una parte, mediante la aportación de modelos, metáforas y proyecciones teóricas, y, por otra, mediante la intervención biotecnológica sobre el ser humano y otros seres vivos y ecosistemas. Por último, ya en el plano del deber ser, deberíamos escrutar qué guías u orientaciones biopolíticas serían convenientes para mejorar el futuro de la democracia. Esta mirada prospectiva no podrá ser profunda, pero sí confío en poder apuntar al menos las líneas en las que deberíamos proseguir la indagación.

4.- En cuanto a modelos, metáforas y proyecciones teóricas, hay que decir que la biología contemporánea ha estado dominada por tendencias reduccionistas, especialmente en la época que va desde el descubrimiento de la estructura del ADN y su función genética, hasta la conclusión del Proyecto Genoma Humano (PGH). Los genes

pasaron a ser los actores biológicos principales. El libro de Richard Dawkins (1976), *El gen egoísta*, puede considerarse como la obra paradigmática del reduccionismo genético. Estas ideas suponen una degradación ontológica y axiológica de los organismos, a favor de sus genes. Han condicionado la autocomprensión del ser humano y, proyectadas sobre la política, han condicionado también los modos de abordaje de fenómenos como la violencia y las líneas de investigación prioritarias. El riesgo que implica la proyección de esta perspectiva teórica sobre la política está en la degradación del valor de los individuos, en la disgregación de los mismos en sus componentes y en su manipulación genética con fines eugenésicos.

Sin embargo, la oleada reduccionista ha remitido tras el fin, en cierto modo decepcionante, del PGH. La era postgenómica está dominada más bien por tendencias holistas que recuperan el valor de la epigenesis, de la interacción con el medio, de la perspectiva sistémica y de la complejidad. Al calor de este ambiente se ha desarrollado la *Systems Biology*, la *Evo-Devo*, la *Biología Sintética*. Todo ello, unido al auge de la ecología, diseña un panorama teórico que hace énfasis más en los sistemas y totalidades que en los elementos mínimos de los mismos. Esta atmósfera ha recibido concreción visual recientemente en la película *Avatar*, que ha tenido una magnífica acogida, quizá por conectar con una extendida mentalidad. La proyección política de este nuevo sesgo de las ciencias biomédicas constituye una promesa en la medida en que puede promover el respecto hacia los organismos y hacia los ecosistemas. Sin embargo, esconde también sus propias amenazas para la democracia. El holismo biológico podría convertirse con facilidad en totalitarismo político. Así será si se consuma una devaluación completa de los individuos a favor de las totalidades en las que están incluidos.

5.- Por último, consideraré brevemente las cuestiones relativas a la intervención biotecnológica. Se da recientemente una convergencia entre varias tecnologías que pueden modificar la propia naturaleza humana, y con ello las estructuras políticas. En su conjunto se conocen como tecnologías NBIC (nano-, bio-, info-, cogni-), tecnologías convergentes (*Converging Technologies*, CT) o tecnologías para la mejora humana (*Human Enhancement Technologies*, HET). Su desarrollo y posible uso ha generado un intenso debate. La presunta mejora biotecnológica del ser humano ha sido defendida por los transhumanistas, como Bostrom y Pearce, y por los posthumanistas como Sloterdijk y Agamben. Mientras que sus riesgos inminentes para las personas y para la democracia han sido señalados por autores como Habermas y Fukuyama.